

tes de impuestos : despues de la batalla de Iso, hizo sepultar á todos los muertos á presencia de todo el ejército armado, y él mismo pronunció la oracion fúnebre; despues distribuyó dones á cada uno segun su mérito. Pero Aténas tenia todavía para los suyos las oraciones de Demóstenes.

Los campamentos, segun algunos, se disponian en forma circular, figura que tiene mayor superficie sobre un desarrollo igual; todos los caminos concluian en el centro, desde donde el general podia dirigirlo todo. Pero esto se opone á la regla de acampar siempre segun el orden de la batalla para encontrarse dispuestos en caso de sorpresa. La infanteria segun nuestra costumbre vigilaba en el interior y la caballeria hacía las rondas en los contornos; algunas veces se rodeaban de un parapeto y foso, sin las precauciones de los Romanos; y como preferian los puestos fortificados por la naturaleza, debian segun estos variar las disposiciones del campo. Usaban palabras de mando, y señales militares, de las cuales, así como de los asedios y de las estrategias, hablaremos al tratar de los Romanos.

Los Griegos no se señalaron en la guerra como en las demas artes, en razon á que no tenían ejércitos permanentes, y á que el perfeccionamiento requiere medios y desarrollos mucho mayores que los que tuvieron aquellos pequeños Estados. En efecto, en Maraton combatiéron diez mil Atenienses; en Platea ciento diez mil, bien que se unieron todos los Griegos y se contaron entre ellos treinta y siete mil Iotas espartanos (1). Esparta, si bien se puede decir que formaba toda ella un ejército permanente, no podia perfeccionar el arte por su respeto á las costumbres antiguas, además de faltarle siempre un gran general. En Aténas el ejército de tierra quedó inferior al naval. El general no estaba nunca solo en el mando, y lo era por brevisimo tiempo porque las divisiones políticas correspondian á las militares, y el jefe de la tribu ó de la hermandad llegaba á ser también comandante en la guerra. La falta de sueldo, á lo ménos en los primeros tiempos, hacía mas independientes á los soldados, en lugar de reducirlos á máquinas dirigidas por el general. La escasez de buena caballeria era otro obstáculo á los progresos. En general su mérito consistia siempre en la táctica propiamente dicha, así como en aquella formacion y disciplina que se limita casi al campo. Por lo demas, no conocieron las grandes combinaciones estratégicas, y en las largas guerras solo prosperaron por grandes ímpetus de heroísmo. Así los Griegos nos enseñaron la táctica, los Romanos la estrategia; genio de aquella era la resistencia, de la romana el ataque.

Así se puede comprender cómo entonces la intencion se dirigia hácia la batalla; y excepto en algunos casos en que se procuraban dila-

ciones como en la guerra del Peloponeso y en las de Fabio Máximo, siempre se trataba de encontrar al enemigo sin los largos rodeos que hoy hace posibles la artilleria.

§ 8. BATALLAS PRINCIPALES DE LOS GRIEGOS.

Herodoto es poeta, y las batallas que nos describe son maravillas de valor personal mas bien que pruebas de ciencia; por eso en Platea y Maraton admiramos el heroísmo sin que busquemos la instruccion. Pero ya se ve cuánto ayudó la falange al pequeño número de los que combatian con arte, para equilibrar la fuerza de la multitud que atacaba con furia. En Maraton, Milcíades persuadió á sus colegas á que le cediesen á él solo la direccion de la batalla, y el resultado fué atacar al enemigo. En Platea el jefe de los Persas prevalecia en táctica, pues que consiguió privar del agua y los víveres á los Griegos, además que estos, escasos de caballeria, frente á un enemigo que la tenia en abundancia, encontraban obstáculos á cada movimiento; así la victoria, mas bien que las combinaciones estratégicas, se debió al ímpetu de los Espartanos y Tegeos. Tucídides suministra mejores informes, pero se trata principalmente de la política y de los asedios. Jenofonte guerrero nos coloca verdaderamente en los campos, y por él podemos saber cuál era la táctica griega. Acompañémoslo á Leuctra (371) y Mantinea (363).

En la primera tenían los Tebanos seis mil cuatrocientos combatientes; los Espartanos aliados veinticinco mil; el campo era una llanura. Habiéndose aproximado á pocos centenares de pasos, los dos ejércitos se colocaron paralelamente, de modo que los Tebanos siendo ménos, eran superados en longitud á la derecha; la caballeria, en vez de estar en las alas, parece que fué unida en un solo cuerpo, protegiendo una de las extremidades de la infanteria. Comprendiendo el peligro de atacar de frente á fuerzas tan superiores, Epaminondas tomó el partido de acercarse al enemigo con sola la parte izquierda, dejando todo el resto de reserva, y para dar mayor empuje, formó un gran cuneo cuadrangular en esta extremidad con cincuenta hombres de profundidad; los trescientos escogidos protegian el flanco izquierdo; las tropas ligeras, dispersas como guerrilleros, se movieron de esta manera sobre el enemigo. Los Lacedemonios, que al principio no advirtieron el movimiento, pronto hicieron avanzar una falange para oponerseles; pero habiendo llegado á las manos, la caballeria tebana rechazó á la espartana sobre la falange, á la cual puso en desórden, destrozó y atravesó, mientras los trescientos perseguian á los fugitivos; de modo que los Espartanos al ver el desórden de la derecha y creyéndolo todo perdido, ya no resistieron.

Este es el orden oblicuo, que tanto sirvió en

muchas batallas; es decir, el hacer fuerza sobre uno ó dos puntos con superioridad de accion. Grandes elogios merece Epaminondas por haberlo inventado, y sabido mover á un mismo tiempo todo el ejército en el instante en que el efecto era seguro. Reprodujo su invencion en Mantinea contra las fuerzas unidas de Espartanos, Mantinienses y Atenienses, moviendo á los suyos en una sola columna, á cuya cabeza estaban los hoplites elegidos. Los Lacedemonios, al verle llegar á las alturas que dominaban el llano de la batalla y colocar la caballeria en las alas, creyeron que queria acampar; pero en lugar de esto, se lo encontraron encima, y atacando de punta contra el centro de los Espartanos, los dividió en dos, mientras la caballeria ateniense estaba sujeta por la de los Tebanos. La flexibilidad de los cuerpos tebanos permitió á Epaminondas volver á probar felizmente este orden oblicuo, mientras los Espartanos no supieron oponerle obstáculos á pesar de las lecciones recibidas en otras ocasiones. Él, pues, encontró y desarrolló el principio de la táctica, ó sea el modo de emplear una parte del ejército, dándole posicion y movimiento calculado, de modo que no tenga que temer del mayor número del enemigo : esto se podia efectuar, porque supo dar á las tropas una grande agilidad para las maniobras.

§ 9. LOS MERCENARIOS. — JENOFONTE.

Poco despues se introdujeron en Grecia las tropas mercenarias, no solo para apoyar á los tiranos, sino para el servicio de las ciudades libres. Los ciudadanos, acostumbrados á la vida sensual, querian emanciparse de las obligaciones de la milicia; los muchos que se habian empobrecido en la guerra del Peloponeso, buscaban sus ganancias con las armas; los subsidios que pagaban los Persas ofrecian medios de asalariar tropas. Despues los mismos Persas tomaron á sueldo Griegos que á millares iban á alistarse, siendo muy bien pagados, y contra esto declamaron muchas veces Demóstenes, Isócrates y todos los buenos patriotas.

Combatiendo fuera de su país, ya no bastó su táctica primera, y hubieron de aprender la estrategia. El hecho mas memorable fué la conducta de los que iban con Clearco al servicio de Ciro el Joven. (NARRACION IV, 15.) Sobre esta retirada nos queda uno de los mas curiosos documentos del antiguo arte militar escrito por Jenofonte.

Eran poco ménos de diez mil, y tomaron el camino formando un cuadrado de cuatro falanges, de las cuales dos marchaban de flanco y dos de frente: en el centro iban los armados ligeros, las acémilas, los esclavos y algunas mujeres. Quemaron los carros y todos los bagajes que podian estorbarles, hasta las tiendas; se dividieron las cosas útiles; solo conservaron las mejores acémilas. Muy pronto se

encontraron sin ayuda de amigos y molestados por los enemigos, en país llano y continuamente perseguidos por la caballeria de Tisaférnes. Entonces conocieron cuán mal se marcha en batallon cuadrado teniendo el enemigo á las espaldas, porque debiéndose restringir en los pasos estrechos, los soldados no podian mantener el puesto. Se formaron despues seis escuadrones de cien hombres, que reparaban el desórden ocupando los vacíos. Este fraccionamiento sirvió de mucho en las marchas por la montaña, formando cincuenta escuadrones, dividiendo en tres los armados á la ligera y los arqueros.

Al pié de las montañas de los Carducos, se encontraron sin puentes para pasar el Tigris que costeaban, sin camino para seguirlo y perseguidos por Tisaférnes : de modo que era preciso transitar por las montañas. Así lo hicieron, y los Persas no pudiendo seguirlos entre aquellas gargantas, se volvieron á aguardarlos en la desembocadura del Rio Géntis en el Tigris, donde cogidos en medio esperaban vencerlos. Pero su designio no tuvo efecto, y los Griegos pudieron proseguir la retirada sin estos perseguidores, ni mas dificultades que las de aquel áspero país.

En estas marchas la experiencia enseñó á Jenofonte á hacer ocupar las cumbres por los armados á la ligera para tener á la vista al enemigo, y tan léjos que no alcanzasen los dardos á la falange; despues aprendió á acampar regularmente, á escoger posiciones ventajosas, á marchar en orden para no caer desprevenidos en manos del enemigo; aborrrar los víveres que encontraban, y llevar para muchos días; tener fuegos, coger los espías del enemigo para que les sirviesen de guias : en suma, cada paso llegaba á ser una nueva leccion. Aprendió que en tiempo de frios y hielos se debe tener á los soldados léjos del fuego, y mantenerlos bien; que conviene hacer marchar por la noche á los de armadura pesada, despues la infanteria armada mas á la ligera, y por último la caballeria, porque así al día se encontraran juntos, mientras que si la caballeria precediese, al llegar el día se encontrarían separados un gran trecho.

Aquel ejército no era diferente del de nuestros guerrilleros de la edad média. En un siglo de guerras, las inclinaciones militares estaban difundidas en Grecia, de tal modo que se buscaban ocasiones de combatir, sirviendo á este ó aquel, sin fijarse en la justicia de la causa; y á una injustísima usurpacion habian dado entonces su apoyo. La batalla de Cunaxa (401 antes de C.) está referida de diversos modos por Jenofonte, Diodoro y Plutarco, por relaciones de Ctesias, historiador que asistió á ella como médico de Artajerjes. Extrañísima sería la maniobra indicada por Jenofonte, segun la cual los diez mil infantes griegos, con armaduras pesadas, en perfecta línea, pusiéronse á la carrera sin descomponerse, cargaron á la caballeria en campo raso y la hicieron retroceder. Plutarco nada dice de esto. No parece ménos increíble el tránsito por el Rio Tigris sobre odres atados entre

(1) II HERODOTO, IX.